



TÉRMINOS VACUOS: GÉNESIS Y SIGNIFICADO

Omar Hildebrando Vásquez

TÉRMINOS VACUOS: GÉNESIS Y SIGNIFICADO

Resumen: En este trabajo me adhiero a la teoría de la referencia directa del significado. Sostengo que el significado de un nombre es su portador, y que éste no es necesariamente una entidad espacio-temporal. Argumentaré que el significado de un término vacuo está ineludiblemente ligado a su origen, y que el origen de éste nos lleva a la clasificación de dos clases de términos vacuos: “de creencia”, y “de actividades humanas”. A partir de esto, mostraré que las oraciones que contienen estos términos no carecen de valor de verdad. Diferenciaré esta propuesta del análisis de los términos ficticios realizado por Saul Kripke; y concluiré sosteniendo que el compromiso ontológico derivado de esta propuesta es favorable al asumido por otras teorías.

Palabras clave: Términos ficticios, términos vacuos, compromiso ontológico, Kripke.

VACUOUS TERMS: GENESIS AND MEANING

Abstract: In this paper, I adhere to the theory of direct reference of meaning. I hold that the meaning of a name is its bearer and that this bearer is not necessarily a spacio-temporal entity. I will argue that meaning of a vague term is inevitably binded to its roots, and that this takes us to a classification of two kinds of vague terms: vague terms “of belief” and “of human activities”. From this, I will show that the sentences that contain these terms do not lack of truth value. I will differentiate this proposal from the analysis made by Saul Kripke in respect to fictional terms. I will conclude arguing that the ontological commitment arising from this account is much favorable the ones assumed by other theories.

Key words: Fictional terms, vague terms, ontological commitment, Kripke.

Fecha de recepción: Febrero de 2009

Fecha de revisión: Febrero de 2009

Fecha de aceptación: Marzo de 2009

Omar Hildebrando Vásquez: Estudiante de pregrado de la Universidad de Buenos Aires. Ha publicado “La formalización en la filosofía”, págs. 43-60, en: *Astrolabio. Revista Internacional de Filosofía*, Mayo, 2007. Traducción española de “Formalization in Philosophy”, [*The Bulletin of Symbolic Logic*, 6: 162-175 (2000)], de Sven Ove Hansson. Actualmente, prepara una reseña del libro “Filosofía de la filosofía” de Richard Raatzsch que será publicada en el tercer número de la revista Analítica. Sus principales áreas de trabajo son: Filosofía de la lógica y Filosofía del lenguaje.

Correo electrónico: hildebrando2@hotmail.com

TÉRMINOS VACUOS: GÉNESIS Y SIGNIFICADO

1

El problema de los términos vacuos¹ genera una tensión entre la semántica y la ontología. Cuando usamos el término “Borges” nos estamos refiriendo a un individuo actual como Borges, pero en el lenguaje natural usamos términos que exceden el conjunto de cosas que tienen una existencia espacio-temporal. ¿A qué nos referimos cuando usamos términos como “Funes” o “Vulcano” o “el rey de la Argentina”?² ¿Cómo debemos interpretar las oraciones que contienen términos como éstos?

La primera pregunta que surge es: ¿Qué significado estamos atribuyendo a los términos vacuos cuando hacemos uso del lenguaje?, o dicho de otro modo, ya que suscribo la tesis de la referencia directa, ¿qué tipo de entidad exhibe este término en su semblante? Las soluciones a este primer problema han consistido, casi en todos los casos³, en recurrir a una ontología que se adecúe a dichos términos. Un segundo problema para la semántica consiste en decir qué significan los términos vacuos cuando los usamos teniendo como fuente un trabajo de ficción. Cuando decimos “Don Quijote leía novelas de caballería”, si hemos leído a Cervantes, sabemos que es verdadera, entonces, ¿cómo se explica que lo sea si sabemos que “Don Quijote” no es un individuo que exista?

1.Llamo términos vacuos a todos aquellos nombres que no tienen una entidad actual del mundo a la cual hagan referencia. Los términos ficticios son un subconjunto de éstos y son los que encontramos en los trabajos de ficción. Cuando trate la propuesta de Saul Kripke indicaré que el análisis que hace de estos últimos no se extiende a los términos vacuos en general.

2.No me ocuparé aquí de las descripciones vacías, sólo se hará una exposición de ellas cuando trate a aquellas teorías que consideran que los nombres son descripciones abreviadas.

3.Russel es una excepción. De su posición se desprende una respuesta que podría caracterizarse como “deflacionaria”, pues evita todo tipo de compromiso ontológico que postule distintas categorías de lo real. Más adelante se explicará cómo a partir de su teoría de las descripciones evitará conclusiones comprometidas ontológicamente.

Quiero mostrar que estos dos problemas pueden generar un conflicto. Alguna vez se creyó en la existencia de un planeta, entre el Sol y Mercurio, que se encontraba perturbando la órbita de este último, al cual se denominó “Vulcano”. Ubicándonos en el contexto de esta creencia podemos tener un enunciado como “Vulcano gira alrededor del Sol”, puesto que “Vulcano” es vacuo, puede creerse que la oración carece de valor de verdad. Pero cuando teniendo en cuenta la obra de Cervantes digo “Don Quijote leía novelas de caballería” puede considerarse la oración como verdadera, a pesar de que “Don Quijote” como “Vulcano” carecen de una entidad espacio temporal a la que hagan referencia.⁴ Sugeriré, por lo tanto, que un correcto análisis del origen de los términos vacuos que logre clasificarlos de un modo adecuado, proporcionará una solución alternativa a estos problemas.

Mostraré que tanto “Vulcano” como “Don Quijote” son vacuos por el hecho de que no hacen referencia a entidades actuales, sino a las derivaciones que podemos obtener de éstas. Esto me permitirá considerar como portadores de los términos vacuos a entidades que se originan a partir del uso que hacemos al nombrar entidades cuya existencia es actual. En la sección 2, expondré el tratamiento que han tenido los términos vacuos por las teorías descriptivistas del significado; y por las teorías de la referencia directa, en particular, la propuesta por Saul Kripke. En la sección 3 desarrollaré la propuesta que aquí he bosquejado, la cual se diferencia de la postura de Kripke en importantes aspectos. Finalmente, en la sección 4, se expondrán las conclusiones y las ventajas respecto de las otras propuestas.

2

Según Alexious Von Meinong (1904, p.76) “los juicios son imposibles si no son acerca de algo”. Esto implicaría que si tenemos un juicio como:

(i) “Funes es memorioso”.

Tendríamos que admitir, de algún modo, la existencia de Funes, así también, podríamos anhelar conocer al rey de la Argentina o visitar Vulcano, ya que éstos, según Meinong, por el hecho de ser sujetos de predicación, existen, por lo menos en algún sentido. Además, no podríamos expresar proposiciones tales como:

4. Hay propuestas como la sugerida por Fred Adams, Gary Fuller y Robert Stecker (1997), que en un trabajo en conjunto han sostenido que, puesto que el significado de un nombre es su portador, un nombre vacuo carece de significado, ya que no tiene portador; y que las oraciones que contienen términos vacuos carecen de valor de verdad, ya que uno no está realmente afirmando algo, sino que está simulando afirmar algo, o afirmando algo ficcionalmente, y afirmar algo ficcionalmente no es afirmar. Así pues, consideran que estas oraciones expresan proposiciones incompletas. No analizaré esta propuesta, ya que excede los objetivos de este trabajo.

(ii) “Funes no existe”.

Pues si Funes no existe ¿de quién afirmaríamos que no existe?⁵ La solución de Meinong consiste en postular categorías de lo real, distinguiendo así entre “existir” y “subsistir”. Por lo cual, “Funes” nombraría no a una entidad que existe, sino que subsiste. De este modo, no habría problema en negar la existencia de entidades como Funes, ya que éstas en realidad no existen, sino que subsisten. Russell, que sólo considera a las entidades espacio-temporales como las únicas existentes reaccionó airadamente contra esta propuesta, aduciendo que la aceptación de tales entidades corresponde a engaños por parte de la gramática utilizada en el análisis: “A mi entender estas teorías adolecen de una falta de ese sentido de la realidad que debería conservarse incluso en los estudios más abstractos” (Russell, 1988, págs. 148-149). Russell presenta una salida distinta al problema presentado por este tipo de oraciones. Pare él, (i) no tiene la forma sujeto-predicado, sino la forma de una oración existencialmente cuantificada (Véase: Russell, 1956). Además, dado que considera a los nombres propios comunes como meras descripciones abreviadas, tendría que identificarse a “Funes” con una descripción definida abreviada. De modo que (i) se interpretaría como:

(iii) “Existe un individuo y sólo uno, que es un personaje de los cuentos de Borges, y ese individuo es memorioso”.⁶

Así, no se predicaría la existencia de individuos particulares, sino se dice que ciertos conceptos tienen individuos en su extensión. De este modo, Russell evita compromisos ontológicos, pues a través de este análisis no está tratando de probar que no hay un individuo como “Funes”, sino que el usarlo como sujeto de una predicación no implica admitir su existencia en sentido lógico.⁷ Sin embargo, será muy criticado, sobre todo por Kripke, el mecanismo de asociar nombres con descripciones, ya que se considera a éstas como designadores accidentales, y no rígidos.

Por otro lado, Frege (1985, 52), no trata específicamente el problema de los términos ficticios, pero se desprende una solución a partir de su tesis, según la cual, se distinguen dos aspectos o modos del significado, los cuales se denominan

5. Este modo de presentación de la ideas de Meinong corresponde a Tomas Moro Simpson (1964, 60).

6. Este ejemplo complicaría mucho la propuesta de Russell, ya que su análisis no tomaba en cuenta los términos ficticios. Por lo que, para saber que (iii) es un enunciado de ficción, Russell debería usar un mecanismo en su cuantificación que advierta esa situación. Una crítica a Russell consiste en decir que su teoría no da cuenta de lo que es verdadero en una ficción.

7. Para Russell, los nombres propios como “Funes” o “Juan” no son propiamente nombres. Aquí son usados para favorecer el ejemplo. Russell considera que los nombres propios en sentido estricto o lógico son los demostrativos “esto” y “eso”.

“sentido” y “denotación”. La denotación de un término es el objeto del cual el término es nombre; el sentido está dado por el modo de presentación del objeto. Esta noción de sentido es la que permite solucionar el problema que presentan las oraciones que contienen términos ficticios, ya que a éstos se les puede asignar un sentido en el caso de carecer de referencia. Y las oraciones que los contengan serán significativas, pues si las descomponemos todos sus constituyentes serán significativos.

Kripke, retomando la propuesta de referencia directa sostenida por Mill, se encarga de refutar las teorías del significado que intentan asociar nombres con descripciones.⁸ Kripke (1985, 51) considera a los nombres como designadores rígidos: “Llamemos a algo un designador rígido si en todo mundo posible designa al mismo objeto; llamémoslo un designador no rígido o accidental si eso no es el caso”. Las descripciones definidas, a diferencia de los nombres, son designadores accidentales, puesto que no designan al mismo objeto en todo mundo posible.⁹ Para Kripke sólo los nombres propios y los términos generales son los que permiten identificar a los objetos a pesar de que éstos tengan propiedades de las que podamos dudar. Por ejemplo: “Aristóteles”, refiere a Aristóteles en todos los mundos posibles donde Aristóteles existe; incluso en aquellos mundos posibles donde Aristóteles no fue maestro de Alejandro o no se dedicó a la filosofía.¹⁰

Si aplicamos esta propuesta al análisis de los términos vacuos, no es difícil notar que Kripke necesitará algún tipo de entidad, referida directamente por un término vacuo, que constituya el significado de éste. Siendo así, se dirá que Kripke retoma, en el análisis de los términos ficticios, el tipo de posición ontológicamente comprometida que sostuvo Meinong. Pero se ocupa, particularmente, del análisis de aquellos nombres que aparecen en los trabajos de ficción (Kripke, 1973).¹¹ Según Kripke, el problema de los términos ficticios no tiene ninguna injerencia para la elección entre una teoría descriptivista o de la referencia directa: puesto que, al escribir un trabajo de ficción este es parte de la simulación de dicha ficción que satisface todos y cada uno de los criterios de nombrar, sean cuales fueren (Kripke, 1973). Así, el primer elemento que introduce Kripke en su explicación de los términos ficticios es “*the pretence principle*” (el principio de simulación). Con este principio muestra que el trabajo de ficción involucra tanto nombres propios

8.A partir de aquí rastrearé la posición de Kripke que es la más pertinente para las pretensiones de este trabajo. Para esto me he valido de su texto inédito: “Reference and Existence” y también de la clase que respecto a este texto ofreció la Dra. Eleonora Orlando en el seminario “términos ficticios: semántica y ontología” dictado en el segundo cuatrimestre del 2007 en la Universidad de Buenos Aires.

9.No considero aquí las descripciones matemáticas que sí funcionan como designadores rígidos.

10.La tesis de Kripke es mucho más compleja e involucra argumentos modales, epistémicos semánticos que no me detendré a analizar aquí.

11. El texto es inédito. La traducción me pertenece.

comunes como nombres propios en sentido lógico (los de Russell). El principio de simulación le permite esgrimir críticas a la posible aplicación de la teoría descriptivista del significado al análisis de los términos vacuos, tales como que 1) ésta, no respeta el principio de simulación; 2) que no es necesaria la unicidad en la descripción; 3) que dado un objeto que satisface cierta descripción, este no sería ficticio sino real; 4) y que si ningún individuo satisface la descripción, se concluye que el personaje de ficción no existe (Kripke, 1973, 23-26).

El segundo elemento que introduce Kripke consiste en considerar verdadero un enunciado que involucra un término ficticio si lo es de acuerdo con la historia en la que aparece (Kripke, 1973, 18). Así, el enunciado puede interpretarse teniendo un operador implícito en la historia. Este elemento le permite distinguir verdad o falsedad, cuando es atribuida en la vida real o cuando es atribuida en el trabajo de ficción.

El tercer elemento consiste en la atribución al lenguaje ordinario de una ontología de entidades ficticias (Kripke, 1973,16). A partir de esta introducción, Kripke sostiene lo siguiente: a) El lenguaje ordinario cuantifica sobre un reino de entidades ficticias; b) es una cuestión empírica el determinar si estas entidades existen o existieron alguna vez; c) su existencia depende de trabajos de ficción, mitos y leyendas; d) los nombres ficticios refieren a entidades ficticias; e) un personaje de ficción es una entidad abstracta que existe en función de la actividad de contar historias, leyendas, etc. Es debido a estos dos últimos elementos que considero que la propuesta kripkeana no logra dar una explicación satisfactoria de los términos vacuos. A continuación diré los problemas a los que conduce esta propuesta, y en la próxima sección propondré una alternativa.

Según Kripke, las entidades ficticias que propone son distintas de las subsistentes de Meinong, ya que considera que es una cuestión empírica saber si hay o no tal entidad ficticia, pues éstas deben su existencia a que haya un trabajo de ficción que de algún modo les otorga existencia. Entonces, para determinar el valor de verdad de una oración que contiene el nombre de una entidad ficticia, debo investigar que lo que se dice en esta oración respecto de esa entidad es compatible con lo que se dice de esa entidad en el trabajo de ficción, a decir de Kripke (1973): “Una entidad ficticia será verdadera cuando mínimamente tenga existencia, ya sea oral, escrita u otras, en un apropiado trabajo de ficción; entonces una entidad ficticia existe solo si existe tal trabajo de ficción”.

Sin embargo, considero que la labor empírica de Kripke no puede ser llevada a cabo, ya que el único modo que tenemos de corroborar la verdad de una oración que contiene un término vacuo es yendo a la fuente; y no todos los términos vacuos que usamos en el lenguaje ordinario aparecen en un trabajo de ficción, es más, ni siquiera los términos ficticios que usamos en el lenguaje deben su uso a algún trabajo de ficción, ya que podrían surgir de distintos procesos psíquicos

tales como alucinaciones, sueños, etc. por lo que, tendríamos que tener una serie de distintos operadores implícitos que nos indiquen, por ejemplo, “verdad en un sueño”, o “verdad en una alucinación”, etc. Lo que quiero decir es que, el segundo elemento introducido por Kripke carece de una justificación que lo haga viable, pues tendríamos que admitir que todos los términos ficticios se deben a una historia o a una leyenda, y como veremos hay otros modos en los que puede surgir un nombre ficticio. El análisis de Kripke no explica el modo en el cual se justifica la verdad o falsedad de enunciados que contienen términos ficticios de los que no sabemos su fuente. Es por esto que la propuesta que se desarrollará en este trabajo no requiere de un trabajo de ficción para decidir si tales oraciones son verdaderas o falsas, sino que se remite al origen del término.

Restringirse a un trabajo de ficción en lugar de remitirse a las causas que originaron el uso de un término le causará problemas más graves a Kripke. Uno de ellos es que no da solución al conflicto que describimos en la introducción de este trabajo, según el cual un término vacuo como “Don Quijote” y otro como “Vulcano”, cuando los usamos, nos dan distintos valores de verdad, a pesar que, en ambos casos, estamos atribuyéndole cosas que todos conocemos de ellos. Esto se debe a que las explicaciones que se dan de los términos vacuos no consideran que una solución satisfactoria debe abarcar a los términos vacuos en general, sea que estos aparezcan en un trabajo de ficción, o no. Esto hace que Kripke albergue en su reino de entidades ficticias a entidades como la referida por el nombre “Hamlet” y expulse a otras como las referidas por el nombre “Vulcano”. El reino de entidades ficticias de Kripke, restringe el acceso de entidades no regimentadas por la literatura, ya que considera que un término ficticio refiere a una entidad ficticia, pero si es así, ¿no se podría también decir que un término vacuo refiere a una entidad vacua? Sería difícil determinar las características de una entidad vacua; y más difícil aun, sostener que tienen algún tipo de existencia. Por lo que genera muchos problemas el tratar de extender el análisis que Kripke hace de los términos ficticios a los términos vacuos en general.

Sin embargo, dicha propuesta, soluciona un problema que surge al analizar el valor de verdad de enunciados que contienen un término ficticio. Cuando decimos “Hamlet es un personaje de ficción”, tomaríamos este enunciado como falso ya que no aparece en el trabajo de ficción. Entonces, Hamlet no es un personaje de ficción. Pero si pertenece al reino de entidades ficticias, entonces, Hamlet es un personaje de ficción. Por lo tanto, Hamlet es un personaje de ficción y no es un personaje de ficción. La solución de Kripke consiste en diferenciar enunciados que contienen predicados internos a la ficción (fictivos) y enunciados que contienen predicados externos a la ficción (metafictivos). De este modo, los enunciados existenciales son verdaderos si existe la entidad ficticia nombrada. Es decir, si existe un trabajo de ficción, en el cual se postula dicha entidad. La tesis de Kripke es la siguiente:

La introducción de la ontología de entidades ficticias depende de un uso extendido o derivado del lenguaje. Hay entonces dos momentos: un momento inicial en el que un término como “Hamlet” sólo simula referir a algo, pero no refiere a nada; en un segundo momento, el lenguaje inventa su ontología de entidades ficticias y provee a “Hamlet” un referente, esto es, una entidad ficticia.

Kripke fundamenta esto al distinguir entre entidades primarias y ficticias. Las primeras existen independientemente del lenguaje; y las segundas son imitaciones lingüísticas de las primeras.

3

Considero, al igual que Kripke, que el modo por el cual un nombre refiere a un objeto se determina por la existencia de una relación causal entre ambos. Hay un momento en el cual por primera vez es usado un nombre para hacer referencia a un individuo. Kripke llama a este momento “bautismo inicial”. Es aquí cuando otorgamos significado al término. En este momento las descripciones sí sirven como herramientas para identificar el objeto referido, pero no forman parte del significado del término. Este “bautismo inicial” sería el primer evento en el acto del nombrar. El segundo evento tiene que ver con la transmisión del nombre: “A través de distintas suertes de discurso el nombre se va esparciendo de eslabón en eslabón como si se tratara de una cadena... Determinada transmisión de comunicación que conduce en último término hasta el hombre mismo[el referente] llega al hablante” (Kripke, 1985, 91-92).

Pues bien, la alternativa que proporcionaré, con respecto al significado de los términos vacuos, suscribe estos dos eventos y los toma como principios. Sin embargo, alteraré el primer evento presentándolo de un modo distinto. Considero necesario modificar la idea de “bautismo inicial” ofrecida por Kripke, ya que para él, este bautismo se da a través de una relación cognoscitiva directa con un objeto determinado, como cuando a un recién nacido le ponemos un nombre. Considero, a diferencia de Kripke, que no es necesario que haya un objeto involucrado para poder realizar una ceremonia de bautismo.¹² Me siento tentado a justificar esto, diciendo que, de ser necesario que haya un objeto involucrado, no tendríamos nombres cuya referencia no son objetos de los que tenemos percepción directa, pues es obvio que sí los tenemos y que los usamos correctamente. Sin embargo,

12. Sainsbury(2005), considera que quien lleva a cabo un bautismo, pueden tener dos tipos de intenciones: objetuales [object-involving] o descriptivas. Habitualmente, el mismo objeto satisface ambas intenciones, sin embargo, puede suceder que el hablante carezca de intenciones objetuales, y ningún objeto satisface las descripciones de sus intenciones descriptivas. En ese caso, el bautismo no logra nombrar nada y se inaugura el uso de un nombre vacío. Mi justificación, de cómo se inaugura el uso de un nombre vacío, como se verá, se distingue de la propuesta por Sainsbury, sin embargo, ambas confluyen en la idea de que no es necesario que haya un objeto involucrado para que pueda hablarse de bautismo.

puesto que lo que me propongo analizar son precisamente estos nombres, y estoy tratando de sentar un principio, sería tal vez circular dar esta justificación.

Por lo tanto, argüiré que el modo por el cual podemos inaugurar la práctica de uso de un nombre vacío está vinculado a que somos capaces de tener una relación cognoscitiva directa con hechos del mundo de los que no somos capaces de explicar su causa. Volveré a este punto cuando explique la génesis de los nombres vacíos. El segundo principio queda explicado por el simple hecho de que es innegable que la comunicación existe y transmitimos información a través de ella. Respecto al modo en que llegamos a la referencia de un término, Kripke (1985, 95) dice: “En general nuestra referencia no sólo depende de lo que nosotros pensamos, sino de otras personas en la comunidad, de la historia de cómo nos llegó el nombre y de cosas por el estilo. Es siguiendo dicha historia como uno llega a la referencia”. Así pues, podemos rastrear la referencia de un nombre a través de su paso por el tiempo, y además, algo que considero implícito teniendo en cuenta el primer principio, rastreando el modo en que se originó. Haciendo esto, determinaremos el significado del nombre. Entonces tenemos:

1. Existe un momento inicial en el que por primera vez usamos un nombre, tenga éste un objeto espacio-temporal al cual hace referencia, o no.
2. Hay una cadena causal de comunicación que conduce en último término al portador del nombre.

No obstante, considero que en el caso de los nombres propios puede variar el uso a través del tiempo y no se me permite acceder al referente. Pero para salvaguardarnos de este inconveniente tendremos que considerar que en el caso de los nombres vacuos, es indispensable considerar los motivos de su origen. En el caso de los nombres que tienen un referente actual esto no es necesario. No hay nada que explicar, ya que simplemente hay un objeto-espacio temporal, del cual, si queremos hablar, tenemos que usar un nombre. Entonces, en el caso de los términos vacuos tiene que considerarse el porqué hubo un momento a partir del cual empezaron a usarse. Esta consideración unida con (i) y (ii) es la que nos proporciona el significado de los términos vacuos.

Como dije, el que podamos celebrar un bautismo sin necesidad de involucrar un objeto del cual tengamos percepción directa se debe a que tenemos una relación cognoscitiva directa con hechos del mundo de los que desconocemos su causa. Esta situación determina un primer grupo de términos vacuos, a los que denominaré: “de creencia”. Cuando a través de sofisticados aparatos de medición podemos percatarnos de que la órbita de Mercurio atraviesa una inusual variación, es natural preguntarnos (suponiendo que la astronomía es una ciencia que disfruta de nuestro interés) qué es lo que origina este hecho, el cual constituye un hecho objetivo del mundo. Es entonces que proponemos hipótesis que puedan explicarlo.

Pero ante la incapacidad de proporcionar una explicación concluyente, se suele aceptar, aunque sea momentáneamente, la hipótesis más plausible. Supongamos que esta sea: hay un planeta que perturba la órbita de Mercurio. Es así que tratamos de poner un nombre a la causa de este hecho objetivo del mundo. Este nombre será “Vulcano” y su referencia, una vez ubicado su origen, será el tipo de entidad que surge de la creencia provocada por un hecho objetivo del mundo. Ésta consiste en creer que hay un planeta perturbando la órbita de Mercurio. Esta creencia implica un trasfondo de creencias que determinarán la verdad o falsedad de un enunciado que contenga este término. De este modo, “Vulcano tiene un año solar más corto que la tierra” será verdadero; y “Vulcano es el planeta más frío del Sistema Solar” será falso, ya que este no es un enunciado que se desprendería de asumir la creencia de que hay un planeta muy cercano al Sol y a Mercurio.

Hay una gama de términos que pueden incluirse en esta clase. Uno de ellos podría ser “Dios” y por medio de la creencia podrían surgir muchos más. Esta clase de términos mantienen una importante diferencia con la segunda clase de términos que analizaré. Ésta consiste en que, hay al menos un momento, en el cual se cree, que el primer tipo de términos hace referencia a un determinado objeto, es decir, se diferencian de la segunda clase que analizaré (los “de actividades humanas”), en que se cree, por lo menos cuando nos remitimos a su origen, en la existencia de ellos. Podemos resumir la diferencia diciendo que en el primer tipo de términos, hay un intento de referir; en el segundo tipo, no. En el caso de “Vulcano”, aun cuando posteriormente se descubra que no es un planeta lo que causa la perturbación de la órbita de Mercurio, no podría considerarse verdadero un enunciado existencial como “Vulcano no existe” porque a través de esta explicación, he inaugurado un reino que alberga a entidades, cuyo nombre se originó, para referirnos a aquellas entidades que deben su existencia al intento de explicar un hecho objetivo del mundo. Entonces, éstas son “entidades derivadas de la realidad”.

Como se puede apreciar, la solución que propongo se enmarca en aquellas que son consideradas como ontológicamente comprometidas, tales como la de Meinong, Kripke, y si consideramos el mundo de los sentidos, también Frege. Sin embargo, después de analizar la otra clase de términos vacuos, explicaré por qué esta alternativa está menos comprometida ontológicamente que las mencionadas.

La otra clase de términos vacuos que considero son los que denominaré “de actividades humanas”. En este grupo encontramos principalmente a los nombres que aparecen en los trabajos de ficción, pero también a todos aquellos nombres que la imaginación humana pueda crear a partir de la conjunción de entidades espacio-temporales y que no necesariamente hayan sido registradas por la literatura, sino que pueden surgir de cualquier estadio mental o proceso psíquico. Como este es un grupo más potencial que actual, sólo me dedicaré a analizar a aquellos nombres que aparecen en los trabajos de ficción, los denominados “términos ficticios”.

Como mencioné, surge un problema cuando tenemos sentencias como “Hamlet es un personaje de ficción”. Éste ha de considerarse como un enunciado metafictivo para evitar la paradoja que narré en la sección anterior. En cambio, un enunciado como “Hamlet fue apuñalado por Laertes”, es considerado como un enunciado fictivo, y según Kripke, tiene un operador que permite que sea leído “ficcionalmente”. Además, un enunciado como “Hamlet existe”, Kripke lo considera verdadero, pues Hamlet es un personaje de ficción. Como sostuve anteriormente, el significado de un término vacuo debe ser explicado con base a su origen. Esta idea se aplicará también al análisis de los términos ficticios: el carácter ficticio surge gracias a que las personas hablaron de sus invenciones, es un hecho empírico contingente que tales entidades existan, éstas existen en virtud de las actividades concretas que aquéllas realizan (Kripke, 1973).

Yo clasifiqué a los términos ficticios en un grupo que denominé “de actividades humanas”, pero a diferencia de Kripke, yo no considero a estos términos teniendo en cuenta el resultado de las actividades humanas, sino más bien, la manera en que la actividad humana crea estos términos ficticios. Esto se debe a que yo considero que el significado de los términos ficticios está ineludiblemente vinculado a su origen, ya que indagando su origen, puedo llegar a su referencia. Así, podría sugerirse que el origen de los términos ficticios consiste en aquella actividad humana que consiste en atribuir una propiedad arbitraria, por ejemplo *F*, a un objeto cualquiera, sin que sea necesario que éste exista, sino que, se lo estipula para poderle aplicar la propiedad *F*. Esto genera, paradigmáticamente, relatos de ficción, sin embargo no siempre sucede así, como mencioné anteriormente, pues hay estados mentales como las alucinaciones o los sueños donde también surgen términos ficticios.

El surgimiento de términos vacuos en tales contextos no hace alusión a la creación inmediata de un término. Hay que tener en cuenta el proceso del nombrar explicado anteriormente cuando se habló del bautismo. En este sentido, no surgiría un término vacuo durante una alucinación ni durante el sueño, sino más bien cuando al relatar lo acontecido en la alucinación o el sueño nos encontramos con que en estas instancias concebimos cierta entidad que carece de una existencia espacio-temporal. Supongamos que alguien, desconocedor de toda la mitología heredada, sueña con un caballo alado. Para poder relatar las hazañas o desventuras de esta criatura necesitará postular un nombre que lo refiera y que lo distinga tanto dentro como fuera de su especie de caballos alados. Lo mismo podría decirse de todos los términos vacuos que pudieron surgir del universo onírico de los surrealistas, ya que como se dijo este es un grupo más potencial que actual. Sin embargo, no hay que perder de vista que el punto principal al que quiero aludir con estos contextos es que no es pertinente sostener, como Kripke lo hace, que el trabajo de ficción es lo que otorga existencia a una entidad ficticia, ya que de ser así no podríamos extender nuestra teoría de los términos ficticios a los términos vacuos en general.

Por este motivo, el grupo de términos que deben su origen a las actividades humanas, es un grupo que va más allá de sólo considerar los términos ficticios que aparecen en un relato de ficción, y esta es una diferencia importante con respecto a la propuesta de Kripke. Pero lo que tienen en común estos términos es que no hay un momento en el que se considere, colectivamente, que refieren a una entidad actual; lo que sí sucede con los “de creencia”. Entonces, el valor de verdad de los enunciados que contienen estos términos tiene que ver con todo el contexto en el cual se originó el término, y con todo lo que implica dichos contextos, y no sólo con el trabajo de ficción en el que figura.

Podrían haber sido distintos los modos en que surjan los personajes de un relato de ficción, lo importante aquí es que tenemos un hecho objetivo del mundo: la capacidad de imaginar o la de atribuir propiedades arbitrarias a objetos que no existen. Y es este hecho el origen de los términos ficticios. Así como cuando rastreamos el origen de los términos vacuos de creencia tratamos de poner un nombre a la causa de este hecho objetivo del mundo, también aquí, pondremos nombre al resultado del hecho objetivo del mundo que consiste en la capacidad de imaginar. El resultado de esta capacidad será un objeto “derivado de la realidad”, tanto por cómo ha sido creado como por su origen. Sin embargo, esto no implica que se rechace la diferencia entre enunciado fictivo y metafictivo. Esta es una diferencia que describe de un modo adecuado dos tipos de enunciados, así como es importante distinguir entre lenguaje y metalenguaje. Lo que se trata de sugerir, es que esta diferencia no le alcanza a Kripke para extender su análisis de los términos ficticios a los términos vacuos en general. En cambio, teniendo en cuenta el origen del término, logramos ubicar su referencia, y el contexto a través del cual logramos atribuir un valor de verdad a un enunciado que contiene dicho término.

Este tipo de solución corresponde a las denominadas “ontológicamente comprometidas”. Éstas, como la de Kripke y Meinong, han propuesto soluciones a partir de asumir la existencia de tipos particulares de entidades. En el caso de Meinong entidades subsistentes; en el de Kripke, entidades ficticias. El problema de las entidades ficticias de Kripke es que no alcanzan para otorgar significado a todos los nombres vacuos. Y el postular entidades subsistentes adolece de inconsistencias lógicas cuyo estudio no es el propósito de este trabajo. Además, considero que hay grados de compromiso ontológico. Y el tipo de entidades con las que se ha comprometido esta solución, ha sido, en todos los casos, derivadas directamente de la realidad, tanto en su origen como en su composición, ofreciendo así, a través de la justificación de su origen, un referente a todos los términos vacuos; y a través de las circunstancias que confluyeron a su composición, un valor de verdad a los enunciados en que aparecerán.

BIBLIOGRAFÍA

ADAMS, F. et al.: "The Semantics of Fictional Names". *Pacific Philosophical Quarterly*, num. 78 (1997), págs. 128-148.

FREGE, G.: "Sobre sentido y referencia", en *Estudios sobre semántica*, traducción de Ulises Moulines. Madrid: Orbis, 1892a, 1985.

KRIPKE, S.: "Reference and Existence". *The John Locke Lectures for 1973*. Inédito.

—.: *El nombrar y la necesidad*, traducido por Margarita M. Valdés. México: UNAM, 1985.

MEINONG, A.: "The Theory of Objects", en Chisholm, R. (Ed.) *Realism and the Background of Phenomenology*. Glenoe, Illinois: The Free Press, 1960.

RUSSELL, B.: "On Denoting", en *Logic and Knowledge*. Londres: George Allen and Unwin, 1956.

—.: *Introducción a la filosofía de la matemática*. Barcelona: Paidós, 1988.

SAINSBURY, R.: *Reference without Referents*. Oxford: Clarendon Press, 2005.

SIMPSON, T.: *Formas lógicas, realidad y significado*. Buenos Aires: Eudeba, 1964.